



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XVI. De lo que sucedió á don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XVI.

De lo que sucedió á don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.



Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante mas valiente que tenía en aquella edad el mundo : daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante : tenía en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses : finalmente decía entre sí, que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos.

En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo : ¿ no es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial ? ¿ Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre ? No sé que me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer é hijos no me las podría dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio (1) de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estemos á razon, Sancho, replicó don Quijote : ven acá, ¿ en qué consideracion puede caber que el bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo ? ¿ he sido yo su enemigo por ventura ? ¿ hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza ? ¿ soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas para tener envidia á la fama que yo por ellas he ganado ? ¿ Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el

(1) Espresion con que se explica la inmediacion ó contigüedad de una casa ó habitacion respecto de otra que solo las divide una pared. — D. A.

que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Tode es artificio y traza, respondió don Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecios y falsias procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual ya sabes, ó Sancho, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuan fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no há dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardia de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y mas que el perverso encantador que se atrevió á hacer una trasformacion tan mala no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en cualquiera figura que haya sido he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho, y como él sabia que la trasformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban (1) de paño fino verde gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la gineta, (2) asimismo de morado y verde; traia un alfange morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguies eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero don Quijote le dijo: señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse prisa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió él de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo; jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos (3) mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde á don Quijote, mucho mas miraba don Quijote al de lo verde pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de don Quijote de la Mancha el de lo verde fue, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas: admiróle la longura de su

(1) Era un capote cerrado con mangas y capilla, del que usaba y aun usa todavia la gente que anda por el campo, y los caminantes.— Arr.

(2) Esto es, del uso ó estilo de la gineta, que era el arte de caballeria, ó la escuela de montar á caballo.— Arr.

(3) Esto es, la pagamos con las setenas, ó con el siete veces tanto.— Arr.

caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra.

Notó bien don Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo; y como era tan cortes y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino diciéndole: esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destes que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empenéme mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballeria, y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia (1). Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *el caballero de la Triste figura*; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quien soy y la profesion que hago.

Calló en diciendo esto don Quijote, y el de lo verde segun se tardaba en responderle parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decis que el saber ya quien sois me la podria quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sé quedo mas suspenso y maravillado. Como ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerias? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerias se habrán puesto en olvido los innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió don Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió don Quijote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. De esta última razon de don Quijote tomó barruntos el caminante de que don Quijote debía de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, don Quijote le rogó le dijese quien era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida.

A lo que respondió el del Verde Gaban: yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy si Dios fuere servido:

(1) Véase la pág. 2, cap. III y nota 1. — P.

soy mas que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda : paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos : mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido : tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance y cuales de latin, de historia algunos, y de devocion otros : los de caballerias aun no han entrado por los umbrales de mis puertas, hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido : son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos : ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure : no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos



de los otros : oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón á la hipocresia y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón mas recatado : procuro poner en paz los que sé que estan desavenidos, soy devoto de nuestra señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor.

Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debía de hacer milagros, se ar-

rojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: ¿qué haceis, hermano? ¿qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la gineta que he visto en todos los días de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda melancolia de su amo, y causado nueva admiracion á don Diego.

Preguntóle don Quijote que cuantos hijos tenia, y dijole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesia (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teologia. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglos donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Iliada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ú otra tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesia de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria.

A todo lo cual respondió don Quijote: los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer ó buenos ó malos que sean como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien bien esta ó aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso: y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen (1), seria yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que mas le vienen inclinado: y aunque la de la poesia es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonorar á quien las posee. La poesia, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor,

(1) Súplese el pan, ó qué comer, como vulgarmente se dice. — Arr.

que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesia, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decis, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesia de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta; el grande Homero no escribió en latin, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos, escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extrangeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesia de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis*, etc. (1). Tambien digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficionala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felizmente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos juriscultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómпасelas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á truco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto (2). Si el poeta fuere casto en sus costumbres lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesia en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del arbol (3) á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienas.

Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de don Quijote, y tanto, que

(1) Ovidio, *De arte amandi*, lib. III, v. 547:

Est Deus in nobis, sunt et commercia caeli;

Y en los *Fastos*, lib. vi,

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo;
Impetus hic sacra semina mentis habet. — A.

(2) Parece alusion al destierro de Ovidio, pero hecho con la habitual inexactitud de Cervantes, porque Ovidio no fue desterrado á las islas, sino á las costas del Ponto, es decir á Tomos, ciudad de la Mesia inferior hoy Bulgaria, en la costa occidental del Ponto ó Mar Negro. Tampoco es exacto decir que el destierro de Ovidio, fue por decir malicias; su pecado no fue de lengua sino de vista como él mismo lo dice:

Peccatumque oculos est habuisse meum.

(Lib. III *Trist.* eleg. 5).

(3) El laurel, á quien era creencia de los antiguos que no le ofendia el rayo. — Arr.

fue perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que alli junto estaban ordeñando unas ovejas : y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de don Quijote , cuando alzando don Quijote la cabeza vió que por el camino por donde ellos iban venia un carro lleno de banderas reales ; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura , á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada : el cual Sancho oyéndose llamar dejó á los pastores ; y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba , á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

